

Cuentos de "La Provincia"

IMPUNIDAD

POR MAURICIO LEVEL

Tenga la bondad de sentarse, doctor, y discúlpeme que lo haya hecho esperar tanto.

Con un leve movimiento de cabeza, el visitante rechazó la silla que se le ofrecía.

El doctor era un hombre de baja estatura y cenefio. Sus ojos denunciaban la fatiga y su rostro estaba al descubierto en uno que otro punto la osamenta que amenazaba perforar la piel; era una barba triste, de adolescente o de enfermo. Vestía de negro, de ese negro rojo que, con el uso prolongado, se torna lustroso en los codos y a lo largo de las costuras. Metido en sus ropas amplias, parecía más flaco todavía, y tenía una expresión de sufrimiento; y sus manos, medio cubiertas por las extremidades de las mangas, parecían transparentes, como manos de criatura, de muchacha tísica.

—¿En qué puedo serle útil, doctor?
Con voz trémula, que se le oía apenas, el interpelado respondió:

—Vengo a pedirle que me arreste, señor comisario.

El funcionario policial se quedó estupefacto. El doctor prosiguió:

—No se sorprenda usted. Vengo a pedirle que me detenga.

Y como si estas palabras hubieran fortalecido repentinamente su valor próximo a flaquear, con un ademán suave y la voz más segura, el hombre se explicó:

—Como usted sabe, señor comisario, hace dos años que estoy instalado en este barrio. Y durante ese tiempo, creo haber procelido siempre, en todas las circunstancias, con honradez y acierto. Toda vez que era necesario, visitaba y curaba a los indigentes; nunca he negociado con mi tiempo ni con mi trabajo. Pero lo que usted tal vez ignora es la situación en que me encontraba. Y es menester que lo informe con respecto a ella, en vista de la resolución que acabo de tomar. Tenía catorce años cuando murió mi padre. Me encontré, entonces, solo con mi madre, sin más recursos que unos cuantos billetes de cien francos que aparecieron en el rincón de una gaveta. Podía o debía haber tratado de aprender en seguida un oficio, de ganarme la vida. Pero mi madre no quiso que saliera del colegio. Concluí, pues, mis estudios,

y mecánicamente, sin tenerse en cuenta mis aptitudes, ni mi vocación, se resolvió hacerme seguir la carrera de la medicina, puesto que era hijo de un médico.

De modo que a los veinticinco años, me vi dueño de un diploma, pero sin un céntimo en el bolsillo. Es muy bonito tener un título, pero es mucho mejor tener recursos para aprovechar ese título. Sea como fuere, no me desalenté; metiéndome a un lado y a otro, pude comprar unos muebles a plazos, y pagar algunas mensualidades. Fue entonces cuando vine a instalarme en este barrio.

Vine a él lleno de ilusiones, que a los seis meses, habían desaparecido por completo. Me había comido ya el muy poco dinero que mi patrimonio había reunido. Y no me quedaba absolutamente nada. Comenzó entonces para mí pobre madre y para mí la existencia horrible de los que no se atreven a mostrar su miseria.

Hay profesiones en las cuales no se tiene derecho a ser menesterosos. Perdí dos o tres clientes sólo porque se me ocurrió enviarles la cuenta de mis honorarios. Hacía ya dos días que no comíamos, y temblaba al ver que nos acechaba el hambre, cuando recordé que una persona me debía cien francos. Fui a pedirselos, los conseguí, y me dije entonces: "¡Valor!... Vendrán días mejores".

Pues... sí, señor. El tiempo seguía corriendo y los clientes mermando. A veces, para dejar a mi madre un bocado de pan, no volvía a casa hasta las tres o cuatro de la tarde, y entonces le decía que había almorzado con un compañero. Por lo general, estaba en ayunas... Y las deudas seguían aumentando considerablemente. Varias veces pasó por mi mente la idea

del suicidio. Pero ni siquiera para eso tenía dinero. El carbón cuesta.

El valor y la fuerza tienen sus límites, y ya los había excedido ya en mucho cuando una noche sentí que llamaban a la puerta. Es preciso haber sido médico principiante para comprender toda la alegría que produce ese toque de campanilla que, a altas horas de la noche, nos hace saltar de la cama.

Me vestí de prisa y a los pocos momentos me hallaba a la cabecera del enfermo. Junto a él estaba su esposa, dos hijos y una criada. Toda aquella gente parecía enloquecida. El hombre había sido atacado de repente por horribles dolores y vómitos, que le habían sumido en un síncope. No tuve necesidad de hacer un largo examen para formar mi diagnóstico: se trataba de una apendicitis. Y en seguida se lo declaré a la señora, que me preguntó:

—¿Hay que operarlo, entonces?

El caso me parecía tan urgente, tan grave, que, contrariando la regla que aconseja esperar para eso a que la crisis haya pasado, respondí:

—Sí, señora; hay que operar.

—¿Cuándo? —me preguntó con lágrimas en los ojos.

—Mañana, a más tardar, en las primeras horas del día.

Hasta aquí mi conducta no podía ser más correcta.

Pero en cuanto pronuncié la palabra "operación", me asaltó una idea que desde entonces se apoderó de mi cerebro por completo.

Eché una mirada a mi alrededor. El apocento, en cuyos detalles no había reparado todavía, me pareció elegante, lujoso casi. Aquella era, pues, la primera vez que prestaba mis servicios en una casa rica.

Iba a decir a la esposa del paciente: "Haga venir un cirujano, señora"; pero la frase no salió de mis labios, porque una voz interior contuvo ese impulso.

—¡Imbécil! —me decía esa voz—. ¿Vas a dar esta ganancia a otro? ¿Vas a hacer que otro, a quien ni siquiera conoces, gane veinticinco o cincuenta lises? ¿Otro que tal vez no necesita ese dinero?... Y entonces, tú, pobre diablo, tendrás que contentarte con los diez francos de la visita; eso será todo. ¡Oera, opera tú mismo!, ¡no seas tonto!

Y se produjo un conflicto entre mi conciencia y esa misteriosa voz imperiosa:

—Pero yo no puedo... Voy a matarlo... yo no soy cirujano... no estoy habilitado para eso...

Y la voz, en tono risueño, proseguía:

—¿Qué no estás habilitado? ¿Y no se te ha dado un diploma? ¿Para qué te sirve entonces, ese diploma? No se te dice en él: "puedes hacer esto y aquello"? Ese diploma te da carta blanca. No tienes más que tu conciencia, y tu conciencia soy yo, que te dice: "Anda, que el pan te está llamando. Hace dos días que no comes, y como tú está tu madre... Y dentro de quince días el dueño de casa te echará a la calle..."

Callé esta voz abominable, y entonces dije a la señora:

—Operaré yo mismo al enfermo, mañana por la mañana.

Sentí que me estremecía al pronunciar estas palabras. Si la familia me hubiera hecho entonces la más mínima objeción, habría desistido inmediatamente. Le diré más señor comisario: estaba deseando que me propusieran la intervención de algún operador célebre. Pero no me dijeron nada. Había inspirado confianza a esa gente, y todos creían en mí...

(Concluirá.)

Para oficinas

En sitio muy céntrico, se arrienda un precioso local para oficinas.

Razón "Papeletas Inglesas".

PAPELES PINTADOS

PARA DECORAR HABITACIONES

Variado surtido
de dibujos para entrega
en el acto.

CASA GONZALEZ

Joaquín Costa, 12

FLORENTINO DE AZQUETA

Aceites minerales y grasas.—Empaquetaduras.—Gomas
Correas de cuero y pelo de camello
Herramientas - Cables - Palas - "Basconia"
EFECTOS NAVALES

Consignaciones y exportaciones
de productos regionales

SUCURSALES Y DEPOSITOS: Sagasta, 18-Apartado 62
Melilla-Ceuta-Larache-Tetuán-Villa Sanjurjo HUELVA

TOS, BRONQUITIS CRÓNICA, RESFRIADOS, GRIPE

SOLUCION PAUTAUBERGE

CONVALECENCIA DE LA GRIPE, ESCRÓFULA, RAQUITISMO

EL MEJOR
PURGANTE
AGUAS DE

CARABAÑA

Antiherpéticas
Depurativas
Antibiliosas

JABON DE SALES DE CARABAÑA

Medicinal y de tocador.—El mejor para las afecciones de la piel

Pedidos: Hijos de R. J. Chávarri, Antonio Maura, 12. Madrid.

De venta en Farmacias y Droguerías

Pastilla pequeña, 0,80 Cts. Pastilla grande, 1,25 Ptas.

ANTES DE ENCARGAR

SUS IMPRESOS

CONSULTE A

IMPRENTA VIUDA DE J. MUÑOZ

DESPACHO: Papelería Inglesa
TALLERES: Alameda Sundheim
Teléfonos 1431-1132



HUELVA

© Ayuntamiento de Huelva

ESTOMACO

Una buena digestión asegura la salud y equivale, en la mayoría de los casos, a robustez y bienestar físico e intelectual. El

ELIXIR ESTOMACAL SAIZ DE CARLOS

tonifica y abre el apetito; cura el dolor de estómago, acidez, dispepsia, vómitos, diarreas en niños y adultos, dilatación y úlcera de estómago, etc., etc.

INTESTINOS

La experiencia demuestra que los Chocolates y Dulces

MATIAS LOPEZ

SON LOS MEJORES DEL MUNDO

MORRISON Y HASELDEN

HUELVA

Dirección telegráfica MORRISON Teléfono 1316
ALMACENES DE METALES Y MATERIALES
PARA MINAS Y PARA CONSTRUCCION

VIGAS, CHAPAS, LINGOTES DE FUNDICION, ACERO PARA BARRAS, TUBOS, ACCESORIOS, TORILLOS, RE MACHIS, ENVASES DE ALUMINIO PARA CONSERVAS
MORNETAS, CARRILES, CABLES, ALGO DON SACOS, ACEROS
INSTALACIONES Y AIRE COMPRIMIDO DE TODAS CLASES
Cemento REZOLA Plo no "LA CRUZ"
Carbones y Cok Duro—Félguera
AGENTES DE ADUANA CONSIGNATARIOS DE BUQUES